

Cuentos del paraíso de las islas

08

02 Los hijos del agobio

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 05/03/2023

Número de páginas: 18

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

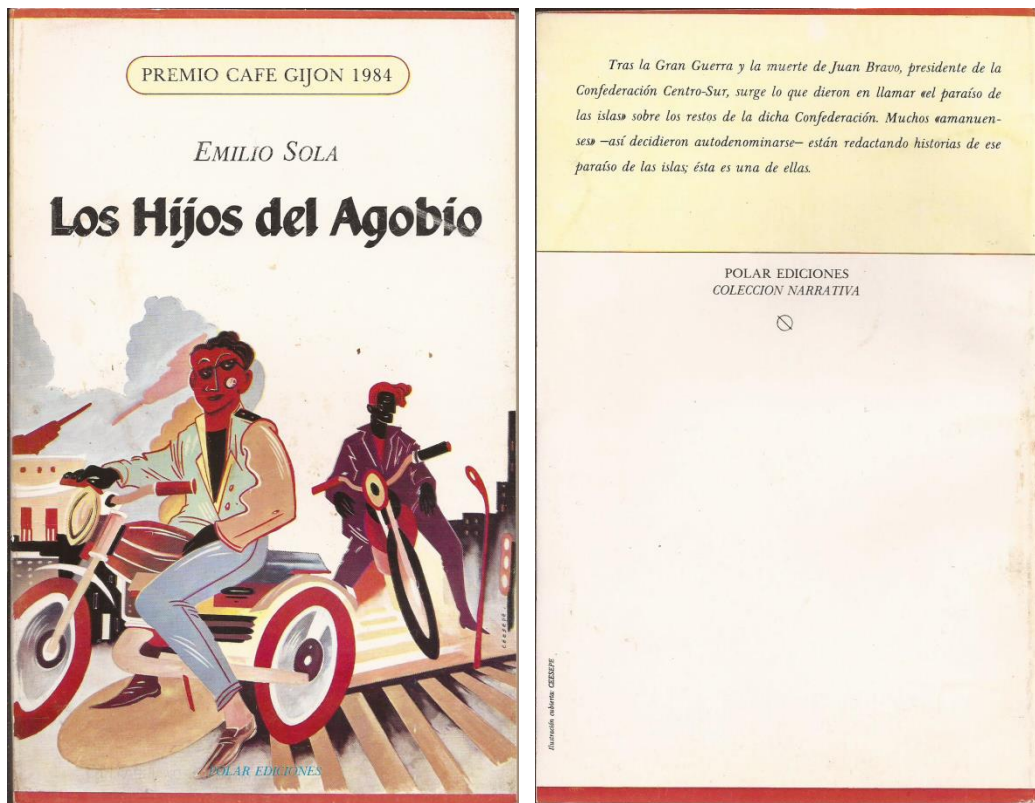
Cuentos del paraíso de las islas

08

02 Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



CAPITULO II

El día en que Mata Maxa mató al poli, la hicieron definitivamente jefa del grupo para asuntos delicados. Había sido un día muy especial; a Colocado y a dos hijos del agobio más los habían expulsado del tajo, único medio de subsistencia por entonces para la basca de quince personas y nueve motos. Razón, una tontería: se había peleado uno de ellos —y los otros dos habían saltado en su defensa de inmediato, como era legal— con el capataz porque éste decía que llevaba el casco torcido y el Bocanegra —ése era en cuestión— aducía que le habían dado un casco pequeño que no se le tenía bien en el coco. En fin. Hasta tres días después, sábado, no había paga y la gasolina para las nueve máquinas —la noche anterior habían cargado el depósito en lo del viejo— no tiraría más allá del viernes. Kakadín quería irse con una moto a la urbanización de los turistas yanquis para hacerse una carrera, pero Yoniyón se cabreó.

—¡Borde la tía! ¡Tres días depre y ahora la ja quiere irse a por pasta! —se encaró directamente con ella—. ¡Os enrolláis a hostias el cliente y tú y luego qué, ¿eh? ¡Ya me lo sé!

A la Kakadín tuvieron que sujetarla entre Colocado y otro. Era una desgracia; teóricamente la gasolina daba para haber llegado hasta la zona del chiringuito de Eulogio, pero se habían perdido tantas veces —el caprichoso Tutankamon y sus manías de «a fondo a la izquierda»— que ya no había sali-

da. Una vez más. El sábado se vería, pero ¿qué hacer hasta el sábado?

Decidieron acampar a las afueras de la ciudad industrial y portuaria en la que los últimos días había trabajado una parte del grupo. Mata Maxa estaba muy excitada porque Tutankamon y sus colegas más próximos, tres niños imberbes muy violentos, querían a toda costa irse a la ciudad de bares y en moto y tuvieron que convencerlos a hostias de que ahorrar gasolina era más importante en aquellas circunstancias que una tarde de pendoneo y bronca ciudadana. A uno de los niños, al que llamaban Roqui, de origen italiano, hubieron de amarrarlo a un árbol, una higuera polvorienta y medio enferma sin duda, cerca de la acampada, entre Goliat el Diestro, Yoniyón y Kakadín; como no dejaba de gritar e insultarles, una vez amarrado la Kakadín lo amordazó con su camiseta de malla verde y se quedó en tetas. A los otros dos niños y a Tutankamon la Mata Maxa los mantuvo a latigazos lejos de la higuera; tras mucha discusión e insultos los cuatro se tranquilizaron y echaron una partida de cartas —que también terminó en bronca, por otra parte, ante las descaradas trampas y continuadas del niño que llamaban J. L. Recio—, en lo que estaban cuando llegó lo del poli.

Colocado y sus dos inseparables colegas, el Biela y la Manivela, pecosa esta última y experta mecánica que conocía la moto del tigre bizco «como a sus bragas», como gustaba decir el Colocado en las presentaciones, aprovecharon la obligada amuermante inmovilidad para revisar sus dos máquinas, particularmente la del tigre bizco que comenzaba a fallar. Las otras dos motos se habían ido a buscar leña y a comprar, con los restos que quedaba para ello, tabaco, unas latas de cerveza, otras de algo de comer y pan con que hacerse al menos unos bocatas.

—A esa no la dejéis que gaste ni media pela en queso —había advertido el Diestro a los expedicionarios, y sabían que en ese tema hablaba en serio, refiriéndose a la que llamaban Macorina o Maco, a la que le privaba el queso—. Salchichas, salchichón, algo consistente... Si quiere queso, que

se lo chorice. ¡Ya tuvo buena ración anoche!

Les extrañó ver llegar solos y a toda pastilla a Bocanegra con Macorina de paquete; dejaron la carretera y con la moto a saltos como caballo desbocado se adentraron descampado adelante hasta el grupo y dejaron mal tirada aquélla a la altura de la higuera, a los pies del Roqui a ella amarrado y amordazado aún, que ya se rebullía inquieto. Atardecía.

—Bronca con la pasma, tíos. Hay que largarse de aquí —farfulló el Bocanegra a la vez que preparaba, con la ayuda de la Maco, su macuto.

—¿Y los otros? —le interrumpió Mata Maxa agarrándole dura por el cuello de la guerrera negra.

—De esquivé —aclaró Macorina muy nerviosa.

—¿Cuántos son? —preguntó el Diestro.

—Dos en dos motos, pero a pipazo limpio.

Colocado, el Biela y la Manivela se habían acercado y querían saber. Mata Maxa echó una ojeada rápida en torno y se encaró con Bocanegra.

—No podemos largarnos así como así, ¿y los otros? Además, falta nafta.

—¡Raca! ¡Yo me largo! —se revolvió el Bocanegra.

El Diestro se le acercó amenazador.

—¡Tienes por coco una cebolla, tío! ¡Oye a la Mata!

A unos cien metros de la higuera había unos arbustos medio pelados pero lo suficientemente frondosos para ocultar a las motos y a la gente, y tras ellos decidió la chica que debían camuflarse a la espera de la noche y de lo que pasara. Con las prisas se olvidaron del Roqui y tuvo que volver el Diestro a por él; estaba frenético y congestionado y tuvo que llevárselo bajo el brazo sufriendo su pataleta, puñadas e insultos. Luego pensaron que era mejor que alguien no sospechoso se quedara a la vista por la carretera para orientar al Tetas y al Chapa si pasaban por allí; hubo dudas sobre quién sería el adecuado y, al final, concluyeron que Kakadín. Yoniyón no estaba de acuerdo.

—¡Esta la arma! El primero que pase querrá ligársela y se organiza mal rollo seguro.

Pero la Kaka le dijo que quién se creía que era ella, que en mayores se había visto y, mientras se vestía de nuevo la camiseta de malla verde que había servido de mordaza del Roqui, argumentó que, además, si se terciaba, ya se pondría fina para hacer una carrerita rápida en la espera con alguien que pasara y sacar un poco de pasta.

—¡Raca! ¿Véis? —rugía el Yoniyón.

Pero ya estaba decidido y la Kaka se salió hasta la carretera contoneando su culito redondo, fina ella.

Más tranquilo tras los arbustos Bocanegra farfulló algo sobre lo que había sucedido. En un hiper de la carretera habían organizado lío a la hora de pagar para que la Macorina pudiera chorizar una barra de queso fundido y los vigilantes se habían mosqueado con ellos; no podía saber si estaba relacionado con eso o no, si se habían comunicado por teléfono o tokiwoki, pero el caso es que un kilómetro más allá tenían a dos polis de la carretera tras ellos cuando andaban a no mucha velocidad eligiendo lugar en donde trincar algo de madera; el Tetas les dijo que se encargaba de despistarlos y que luego les alcanzaría, y que sí había problemas dejarían recado en lo del viejo chiflado Borondón, en la casa del naranjal; luego el Tetas con el Chapa de paquete viró en redondo y arremetió contra los dos polis motorizados, derribó a uno que tuvo que salirse de carretera para evitar encuentro del loco Tetas, oyeron dos disparos que creen que no los alcanzara porque la Maco los vio por última vez tomar la carretera de la izquierda que sube al monte quemado y al tajo en donde habían trabajado hasta el día anterior, y luego el canguelo se le atenazó a los riñones. No sabía si los polis tokiwokearon y los siguieron, o no; creía que no.

—¿Y te querías largar, so escorpión? —se cabreó la Mata Maxa.

—Era lo mejor, ¿no? El Tetas y el Chapa tienen mundo, ¿no? —se disculpó Bocanegra.

Yoniyón vigilaba la carretera; ya se le habían parado dos coches a la Kakadín, pero nada; con uno se había enrollado más de la cuenta, le mosqueaba lo que pudiera estar pasan-

do por el coco de la Kaka. Un tercer coche se había detenido y la Kaka se acodó a la ventanilla derecha y parecía conversar animada con el tipo de dentro; por los gestos parecía que la invitaba a subir y ella parecía decirle que no, e indicaba a la higuera. En esas estaban cuando pasó el Tetas y el Chapa a toda máquina; miraban hacia la higuera, pero luego el Chapa seguro que vio a la Kakadín. Todo perfecto. Pero, ¿por qué a tal velocidad aún? Tres minutos después aparecieron los dos polis, u otros dos —el Bocanegra no sabía precisar—; uno siguió y el otro se detuvo un momento donde el coche y la Kaka, intercambió unas palabras con ellos y luego siguió. Poco después también arrancó el del coche y la Kakadín se sentó al borde de la carretera, en la cuneta, a la altura de la higuera. Ya se veía mal, el sol hacía un rato que se había puesto. Hubo unos minutos largos de silencio.

—No vamos a apalancarnos aquí toda la noche, ¿no?
—protestó el ñiñato al que llamaban Niñato.

El Roqui se había tendido bocarriba junto a una de las motos de los suyos y se había quedado adormilado.

—Haz como ése; de aquí no se mueve nadie hasta que estemos todos —respondió la Mata Maxa.

—Tú, Niñato, si te quieres largar, nos largamos juntos y en paz —dijo J. L. Recio, joven pero realmente recio el tío, bien alimentado, y se puso en pie.

Goliat el Diestro saltó como un resorte, le metió una hostia y lo tumbó de nuevo, largo como era, al lado del dormido Roqui que ni se inmutó. J. L. Recio comprendió que la cosa estaba decidida y se acomodó bocarriba, las manos a la nuca, en batería con el Roqui. Al rato Niñato hizo lo mismo y el Bocanegra les extendió un saco desplegado por encima.

—Ea, ea, ro-ro —les decía mientras les arropaba, su boca descomunal en el centro de la barba negra de más de una semana.

Colocado, el Biela y la Manivela se enrollaron otra vez con la moto del tigre bizco, aunque la oscuridad cada vez mayor hacía que allí en cuclillas más parecieran relojeros que otra cosa. Mata Maxa estaba preocupada y parlamentó

con Bocanegra y el Diestro. Por la mañana temprano, recién amaneciera, saldrían hacia el sur e intentarían acampar cerca de la casa del viejo de nuevo; parecía lo más seguro.

Pasaron los dos policías de vuelta, los faros encendidos; en la media luz pudieron distinguir que eran ellos. Uno siguió de largo pero el segundo dio un frenazo a la altura de la Kakadín y charló con ella un par de minutos; Yoniyón, muy atento, sospechó que se la quería ligar o algo por los gestos. Siguió el policía a su compañero y la Kaka desde la carretera les hizo señas de que se escondieran y esperaran. Yoniyón no pudo aguantarse y salió corriendo hasta donde estaba su amiga; forcejearon un poco, pero volvió solo. Les dijo que el poli iba a volver en breve, que habían quedado en echar un polvo bajo la higuera. La Kaka decía que no pasaría nada, pero Mata Maxa se empezó a temer complicaciones, le dio una corazonada rara de que había que prepararse. No tardó ni cinco minutos en volver el poli, sin duda el tiempo de avisar a su compañero, y con la moto con el faro encendido entró en el descampado hasta la higuera tras Kakadín. Cuando el gran foco de luz se apagó, la oscuridad era casi total, sólo interrumpida por las luces de los pocos coches que pasaban; el silencio, abrumador. Goliat vio nervioso a Yoniyón y le inmovilizó los pies con sus dos manazas. No habían pasado cinco minutos cuando un ruido de motor familiar puso en guardia al grupo; Mata Maxa lo vio todo con claridad: el Tetas y el Chapa llegaban, tras el esquivar de los polis, y sin duda buscarían a la Kakadín o se irían directos hacia la higuera. Saltó del escondite y corrió hacia la carretera para intentar avisar a los fugitivo-esquivadores e interponerse entre ellos y el poli. Kakadín les contó después que el poli, ya en pleno polvo, se había mosqueado justo en el momento en que había visto el luminoso del faro de la moto del Tetas barrer la zona de descampado en donde estaba la higuera, pero ya su mosqueo le hizo incorporarse sin terminar cuando tras una sombra que se había cruzado —sin duda la de Mata Maxa— la señal luminosa desapareció; saltó hacia su moto tras alzarse los pantalones que llevaba a media pan-

torrilla, y sin siquiera abrocharse la bragueta –como luego había de comprobar la propia Kaka sobre el cadáver empalmado aún– arrancó la moto y alumbró sobre los recién llegados. Todo fue rapidísimo luego; Mata Maxa llevaba la fusta larga, látigo mejor, y su reacción instintiva fue lanzarlo contra el motorista que se echaba sobre ellos; derrapó algo más allá, giró en 360 grados y volvió a la carga; otro latigazo le descompuso la figura, y otro más –para él misteriosos trallazos sin duda que ni siquiera sabía cómo le llegaban desde la sombra– le terminó de despistar; entre dos pedruscos gordos hicieron el resto; uno le hizo perder el equilibrio y el otro le abrió la cabeza con una de sus aristas de filo agudo. La Kakadín llegó corriendo terminando de alojar las tetas en la malla verde y se fue directa al poli caído.

–¡Mi pasta! ¡no me ha pagado este chulo de mierda!

Le buscó el dinero, comprobó su cachondez y, sobre todo, que estaba muerto.

–¡Jo, tía! ¡Te lo has cargado a latigazos! –le dijo a la Mata mientras le pasaba el dinero recuperado por delante de las narices.

–Ahora sí que hay que largarse de aquí cuanto antes –se limitó a contestar, y echó a correr hacia los otros, hacia los matorrales.

Los tres niños seguían dormidos y el Bocanegra los despabiló en unos segundos. A los cuatro minutos estaban todos en la carretera. Mata Maxa había organizado el plan de marcha: en cuatro grupos echarían gasolina en estaciones de servicio diferentes –para ello le quitaron, no sin resistencia, el dinero a la Kaka y se lo repartieron–, y se reunirían, tras hacerse rutas diferentes, junto a la entrada de la casa del viejo a todo más en una hora. A la Kaka, paquete de un Yoniyón un poco mosca, le dijo Mata Maxa que se quitara la camiseta verde y se pusiera otra cosa de color diferente, que era una pista muy llamativa. Con suerte, los compañeros del poli no sabrían de él y no le encontrarían en unas horas; para entonces debían de estar muy lejos, a ser posible ya en la zona del chiringuito de Eulogio.

En el medio minuto largo que tardó la Mata en exponer el plan, todos la miraban asombrados; sabían que era ya la jefa incuestionable para asuntos delicados. Su braguero rojo parecía fosforescente.

Desde la entrada principal de la casa del naranjal, a donde los hijos del agobio habían ido confluendo como previsto, poco antes de la media noche, la explanada parecía en fiesta; luces, música y –aunque desde tan lejos era difícil precisar– bastante movimiento; el Goliat se había apalancado a una de las jambas del portalón y no se perdía un detalle de lo que pasaba; no distinguía al viejo aunque calculaba que debía estar en uno de los ángulos, cerca de la puerta del palacete, bajo un farolón descomunal, pues hacia allí se orientaba preferentemente el movimiento de los diferentes grupos.

–¡Viven como dios, estos ajipiados! –comentó con la Mata.

–No te irás a derrotar ahora –se había limitado ésta a contestar.

No había habido problemas especiales desde que se habían separado poco más de una hora atrás, todos estaban allí, sus depósitos a tope, el Bocanegra y los niños algo nerviosos pero bien, el Colocado más serio que de costumbre, de vez en cuando se acercaba a la moto del tigre bizco, la acariciaba y volvía taciturno hacia donde estaban los otros. La Mata captó rollo malo.

–¿Pasa algo con la tigre? –le dijo en un momento.

–Se ahoga la ja en cuesta dura y curea una pizca.

La Manivela intervino.

–Mañana le metemos mano en regla, tío; no te hagas mala sangre.

Pero a la Mata Maxa le preocupaba otra cosa. Le daba que no debían largarse sin consultar algo con el viejo. El Tetas no lo tenía claro.

–¡Ni puta idea tiene ese rata loca de la movida! ¡Jode con consejitos más que ayuda, según lo que dicen por ahí!

Pero la Mata Maxa sabía que no era verdad. Quería dejar cubiertas las espaldas en lo del poli, había sido en realidad un accidente, y habían sufrido ya bastante el acoso de la policía muntañolesca como para desdeñar la protección del viejo, único capaz de neutralizarlos mínimamente. Goliat le reconvinó con dureza —se habían hecho unos bocatas y acudados en las motos en círculo parecían relajados— y les recordó que la Mata Maxa era jefa hasta que lograran llegar a la zona del chiringuito de Eulogio.

—Luego, cada uno que se abra como quiera —sentenció al final.

Hasta la Kaka estaba modosita; lo del asunto del poli muerto los había dejado en tenso relax y apenas surgía bronca entre ellos. Bordearon la finca hasta la parte de la playa donde con Pablito el Zurdo habían disfrutado con el mar y la Mata Maxa les dijo que esperaran allí mientras ella y otros dos, Yoniyón y Kakadín por ejemplo, iban a ver un minuto al Antiguo. Camuflaron las motos en el desnivel entre carretera y playa y en la arena se tendieron algunos, los tres niños en batería de nuevo muy juntitos y pronto dormidos y amorosamente arropados por el Bocanegra —«Ea, ea, ro-ro», y se reía—, madraza. En dos motos, a motor lento para no escandalizar, la Mata, el Yoniyón y la Kaka enfilaron la avenida entre naranjos entre la playa y la explanada en fiesta. Había algunos bañistas y tal vez durmientes por la playa, pero nadie les hizo ni caso. Mejor. El Goliat vigilaría que no hubiese desmadre en el rato en que estuvieran de parlamento con el viejo.

La fiesta estaba animada; en algunos círculos hacían música. Aparcaron en la penumbra, junto a un par de máquinas agrícolas descomunales, y el Yoniyón se apoltronó en la moto, dijo que él se quedaba para cuidarlas, su barbilla en la cruz del manillar. La Kakadín iba a saltar sobre él pero Mata Maxa la arrastró tras sí.

—Déjale a su aire. Al que le gusta, le gusta —y la otra la siguió farfullando maldiciones.

—¡Raca de tío! ¡Impotente!

Pablito el Zurdo les saludó desde uno de los grupos que tenía música y la Kakadín le sacó la lengua. Sobre la camiseta de malla verde se había echado una camisa negra del Yoniyón que le venía larga y aún conservaba tres de los quiquis intactos. La Mata Maxa, su pelo colorado de jenna mal cortado y muy revuelto —se había quitado el braguero rojo y se lo había echado al cuello a modo de collar—, marchaba con paso decidido hacia el grupo bajo el farolón de hierro forjado en el que el Antiguo gesticulaba, en camiseta y calzón corto blancos, en torno a unos papeles con gente alrededor. Kakadín, detrás de su compañera, tenía que echar breves carreritas de vez en cuando para seguir su paso largo.

Borondón se levantó nada más ver a las dos chicas, hizo un gesto de disculpa a sus contertulios que siguieron discutiendo sobre aquellos papeles como si nada, y se vino a ellas.

—¿Todavía por aquí? —les dijo afable.

—Vamos de paso; nos abrimos ya —y a la Mata Maxa se la veía cortada.

Hubo una pausa. Mata Maxa se estiraba el braguero al cuello, Borondón veía que quería soltar algo y no sabía cómo empezar. Saltó la Kaka.

—Agobiados. Palmó un poli... Esta...

La Mata le largó un empujón.

—¡Calla, raca! ¡No lo lées más! —y luego al viejo—. Fue un accidente; se abrió la cabeza con un morrillón al derrapar la moto. Fue una mala caída.

—¡Murió cachondo! —intervino la Kakadín y recibió otro empujón de la Mata.

—¡Putá estúpida, cierra el pico!

Borondón observó el nerviosismo de las dos chicas, les preguntó si habían trincado mucho alcohol y, al decirle que nada apenas, les ofreció un porro que las tranquilizara pero no aceptaron; dijo la Mata Maxa que era sólo un momento, que querían decirle que no habían matado al poli, que había sido accidente, que se lo juraba por la moto y que... Que no querían ser agobiados huídos, que tenían confianza en él y en su mano con los polis del Muntañola, que tirarían por lo

del Eulogio un tiempo y que si había rolo malo que ella sola, Mata Maxa, daría la cara, que de los colegas ni mu, que la avisaran a ella sola. La Kakadín se había puesto en jarras desafiante, tal vez alguno la había mosqueado con la mirada, Mata Maxa la agarró por una muñeca mientras terminaba de explicarse con Borondón. Dijo que tenían prisa, que no podían sentarse y que se lo juraba por su máquina, que la creyese... Borondón sabía que decía la verdad, pensó un momento, habló con alguien que entró en la casa a continuación y regresó con unas cartulinas.

—Supongo que no tendréis foto—dijo, y Mata Maxa negó con la cabeza—. ¿Algún documento de identificación?

Kakadín se incomodó.

—¿Qué pasa con la papela ahora?

—¡Coñazo de tía! ¡Calla! —y la Mata amagó una hostia que no llegó a soltar, la Kakadín ya en guardia para recibirla—. Diga usted, viejo. Somos gente educada y elegante, pero hay días de mal fario y tal, ¿sabe?

El Babilónico le explicó en pocas palabras que iba a hacerles tres carnets de loco, en toda regla, a nombre de tres de ellos que serían los que debían entenderse con la pasma en caso de necesidad. Al explicárselo se había dirigido a ellas con el calificativo de «chiquillas» y esto enterneció un tanto a la Kaka, que se mostró menos crispada. Mata Maxa tenía su papela en el bolsillo, muy arrugada pero válida, y se la tendió al viejo; se llamaba realmente Maximina y al Antiguo le hizo gracia.

—Pero ponga también Mata Maxa, que si no nadie me conoce —precisó la muchacha.

Así lo hizo. En lugar de foto puso un sello y unas líneas de referencia a su carnet de identidad.

—Vale así. Lo del carnet de loco es muy práctico para vuestro caso —explicó Borondón sonriente.

Kakadín se llegó hasta la moto para coger su papela y la del Yoniyón, que eran las que tenían encima; éste seguía apalancado en su postura favorita, manos a la nuca, mentón en el manillar, bien apretado el sillín corrido entre sus pier-

nas, y casi hay bronca por el mosqueo automático de su amiga cada vez que le veía así.

—¡Cerdo degollado! —le había dicho—. ¡Kelpo!

Pero no había habido nada más —Pablito el Zurdo estaba ojo avizor allí cerca—, recogió la chica las papelas de los dos y se las llevó a Borondón. Los tres carnets listos, se despidieron. Les dio también una breve carta para Eulogio.

—Buena suerte, chavales —dijo el Babilónico.

—Bay, viejo— y las dos se alejaron, la Kakadín el culito verde adivinándosele bajo la camisola, negra como la noche en torno.

Los de la playa, salvo Goliat y Colocado, dormían. Decidieron descansar un poco más todos antes de reiniciar la marcha; quedaban dos latas de cerveza y se las repartieron. Al rato —de la explanada apenas llegaba ya un vago rumor, la fiesta debía estar terminando, alguna sombra no lejos de ellos indicaba que grupos de gente se acoplaban para dormir por la playa— Goliat levantó a todo el mundo para continuar la marcha. El Niñato no acababa de despabilarse y entre el Tutankamon y el Roqui tuvieron que hacerlo a cachetadas no muy fuertes; hubieran querido echarle agua pero nadie se atrevió a acercarse al mar, desde lo oscuro sonora presencia para ellos misteriosa y terrible. Mata Maxa estaba casi hasta animada, alta de moral, aplomada, tal vez el carnet de loco que acababa de proporcionarle el Antiguo tuviera en su cabeza un efecto benéfico especial, le transmitiera buena vibración, marcha.

—¡Marcha, tíos, que esto va! —había llegado a largar la Mata Maxa en momento de euforia, ya todos alineados en la carretera rumbo al sur.

El alba les cogió en el inicio de un puerto de montaña vecino al mar. La moto del tigre bizco de Colocado empezó a fallar en el primer repecho duro y la Manivela, que se le había acoplado de paquete para estudiar los ruidos y otras señales de motor sobre la marcha, dio su opinión pesimista sobre la máquina en la segunda parada que por su causa hu-

bieron de hacer. Mata Maxa observó que Colocado estaba muy hosco, que en ocasiones a punto estaba de que se le saltaran las lágrimas. En la tercera parada el Tetas se mostró más borde que nunca y la Kakadín, en su inconsciencia estúpida, había llegado a espetarle un «tírala y dí que la perdiste, tío; tu tigre bizco está atorado ya, derrotado para siempre». Y esta vez sí que lloró el Colocado, de rabia sin duda, casi la hostia y Mata Maxa y Goliat el Diestro tuvieron que poner paz. Antes de arrancar de nuevo, en un apaño que organizaron el Biela y la Manivela que no sabían cuánto iba a durar, Colocado rogó a la Manivela con los ojos empañados por las lágrimas y con una cortesía inusitada que emocionó a la chica, que «por favor» –¡había dicho «por favor» el Colocado!– se fuera de paquete con su maromo, que él ya se aviaba solo con la tigre bizco y que, además, no era tan buena mecánico como presumía pues que tal. A la Mata Maxa le vino un mal flash con las palabras de Colocado, pero nada dijo. Se limitó a sugerir que fuera delante de ellos en el tramo de fuerte cuesta abajo que tenían ante sí y a todos les pareció correcto.

–Cuando se termine la bajante, si no responde, podemos remolcaros a la tigre y a ti, Coloqueta –le había dicho la Mata cariñosa, y él la había mirado de soslayo, claramente desconsolado aún.

Reiniciaron la marcha, cadena multicolor bajo un sol que pujaba por salir, Colocado en cabeza casi en caída libre por aquella cinta en descenso que enervaba, el frescor mañanero dentro estimulante que pudiera absorber y de hecho absorbía toda la fatiga almacenada o posible mala sombra. J. L. Recio y Niñato gritaban, la Macorina les respondía en ocasiones y la Kakadín, toda euforia mañanera. En un recodo peligroso, curva a la derecha pronunciada, Mata Maxa notó un quiebro extraño en Colocado que la mosqueó un instante, pero sabía que, buen motar, nada podía pasarle; un bosque quemado –¡cuántos en aquel tramo de costa!– a ambos márgenes de la ruta ponía contrapunto dramático a tanta renaciente alegría de todos en la carretera y cuesta abajo. Un

cortafuegos marcaba la división o frontera entre el bosque quemado y el intacto aún, hermoso pinar, poco más allá a la izquierda el fin del bosque y de nuevo el mar, la carretera en cuesta abajo y curva a la derecha de amplio radio que la basca motorizada se prestó a tomar con la alegría con la que un niño chico se preparara a acoger la última vuelta de una montaña rusa gigantesca, los niñatos y las titis Maco y Kaka a gritos, el Tetas, el Tutankamon y el Yoniyón a claxonazos. Colocado, en la moto del tigre bizco tomó el primer tramo de curva muy pegado a la izquierda, aún sin motor en bajada libre poderosísima, se metió a continuación brusco a la derecha –Mata Maxa y el Diestro habían visto su perfil en la rotunda maniobra y se descubrieron en consulta muda de reojo– y en el tramo final de curva –tras él el ruido de los cláxones y de los gritos agudos de niñatos y titis– enfiló con decisión de nuevo a la izquierda en nueva rotunda maniobra, completamente tumbado sobre la máquina, el pecho sin duda apoyado en el depósito-rostro de canino fiero, y saltó sin titubeo alguno al vacío.

Hubo pasmo general, todos lo habían visto claro a última hora, los gritos se quedaron aprisionados en las gargantas y fue la Macorina la primera que liberó el suyo, agudo y prolongado. Mata Maxa y el Diestro derraparon tras el brusco frenazo general, dejaron caer sus motos en la cuneta de la derecha y corrieron al lado opuesto, allí por donde había saltado el colega abrazado a la moto del tigre bizco; los demás, en caótico barullo, les imitaron.

Allá abajo, tendido bocarriba en postura rara de cuerpo roto o dislocado sobre la última de las rocas del acantilado a medias cubierta por el agua, como sobre una camilla gris oscura o casi negra que se adentrara en el mar, que intentara zarpar con la próxima marea, la cabeza acariciada por las mini-olas que sus ojos parecían muy abiertos mirar, estaba el cadáver inmóvil de Colocado; a su lado, entre la roca plana y otra más arriscada y alta, en grieta sombría que el sol muy bajo ensombrecía más aún, estaba el retorcido esqueleto de la moto, plateado, rojo y negro, la rueda delantera informe,

el depósito de gasolina con el tigre bizco casi a la altura de su mano izquierda, en lo más oscuro de la grieta el piloto del guardabarros de la rueda trasera que titilaba.

Tutankamon fue el primero en reaccionar; como un loco se echó acantilado abajo agarrándose a cuantos matojos y grietas o arista saliente de roca podía asirse hasta que, a medio descenso, se quedó atascado, que ni para atrás ni para adelante, pues un largo salto peligroso le separaba de su colega muerto. El Roqui intentó seguirle pero no logró pasar del tercer obstáculo de la barranca, con un pie aprisionado entre dos rocas y el tobillo retorcido, los otros dos niños tuvieron que bajar para ayudarlo a volver arriba.

—¡No saltes, Tuta, que puedes caer al agua! —le decía el Roqui desde su cepo.

Pero estaba claro que el Tuta no podía saltar ni volver sobre sus pasos. Macorina no dejaba de llorar acurrucada a los pies del Bocanegra, embobado y como insensible a lo que estaba pasando; lo mismo Kakadín, en jarras, su rostro inexpresivo, la camisa al aire. Tras unos minutos de indecisión, todos estaban pendientes de Mata Maxa, visiblemente afectada por la cosa, que al fin habló:

—Mal rollo. Hay que largarse de aquí.

Y todo el grupo se movilizó con rara unanimidad. Goliat el Diestro descendió lo más que pudo por el acantilado hasta que, con la ayuda del látigo de la Mata, pudo izar a Tutankamon hasta un paso más asequible; los niños J. L. Recio y Niñato ayudaron al Roqui a subir a la carretera, el tobillo muy dolorido, cada vez que debía apoyarlo en el ascenso era una mueca de dolor y un juramento entre dientes. Los demás se enredaron en la nueva puesta a punto de las motos, dos de ellas con problemas en los radios y parachoques por lo accidentado de frenazo y derrape, nada importante sin embargo para el Biela y la Manivela.

Tutankamon no quería marcharse dejando allí el cuerpo de Colocado; la Mata Maxa le convenció pronto de que nada podían hacer. Bocanegra era partidario de tomar café en el primer lugar que encontraran en la carretera, pero el Tetas

se le encaró.

–Nos ligan y luego dicen que nos cargamos nosotros a Colocado. ¿No conoces a la pasma, tío? –argumentaba malhumorado. ‘

Decidieron, según el plan de la Mata Maxa, rodar al menos hasta medio día hacia el sur, y desde lo más lejos posible dar parte por teléfono a la poli de la zona, o no; ya verían. El sol, aún débil, anunciaba un día de calor. Al Roqui le vendaron fuerte el tobillo con un pañuelo de la Macorina y se pusieron en marcha. La seriedad del Diestro los tenía a todos impresionados. Tutankamon, con el Roqui de paquete, se dio una vuelta para echar un último vistazo a su amigo antes de retomar la carretera; había cesado ya el titileo del piloto, o al menos él no lo distinguía. En los diez minutos largos que había durado todo no había pasado ningún vehículo; Mata Maxa pensó que habían tenido suerte. Era mejor así. Adiós, Colocado.

Sigue en 08-03-Los hijos del agobio